

ARTÍCULO 128. Todo funcionario público, sin excepción alguna, antes de tomar posesión de su encargo, prestará la protesta de guardar la Constitución y las leyes que de ella emanen.

COMENTARIO: Revisados los preceptos constitucionales precedentes al comentario de artículo 128, se habrá encontrado que es reducido el número de los que no han sufrido reformas, modificaciones o adiciones, e inclusive la supresión de algún párrafo o el cambio de ubicación en el numeral respectivo. Este es uno de esos pocos artículos que conservan, casi hasta gramaticalmente, la concepción de todos nuestros congresos constituyentes respecto de una sensible formalidad constitucional, la protesta, que no por su menor importancia sino por un deber ciudadano y patriótico, conviene preservar, aun cuando infortunadamente haya caído su práctica en desuso y solamente se cubran los requisitos formales de su cumplimiento. Pese a estas circunstancias resulta conveniente, ya que se ha conservado el principio legal, intentar se conozca la trascendencia cívica que tiene el acto de protestar el desempeño de un cargo público, porque al menos quedará en la conciencia del funcionario o empleado el hecho de que al realizarlo contrae con la nación una obligación fundamental y necesaria.

En los comentarios a los artículos 87 y 97 fue examinada la protesta que deben rendir tanto el presidente de la República como los ministros de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, los magistrados de circuito y los jueces de distrito; el presidente ante el Congreso de la Unión, los ministros ante el Senado de la República y los magistrados y jueces de distrito ante el pleno de la Suprema Corte. La protesta implica para quien la otorga el deber de guardar y hacer guardar la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos y las leyes que de ella emanen, mirando en todo por el bien y prosperidad de la nación, y la solemnidad con que se efectúa tratándose del presidente y los ministros, revela la importancia que aún mantiene en el alma popular. La protesta de los demás funcionarios públicos, menos solemne, se realiza en el caso de los secretarios de Estado, ante el presidente de la República; la de los funcionarios de menor jerarquía y empleados, ante el titular de cada dependencia del Ejecutivo federal; ante el gobernador de un estado por lo que corresponde a los funcionarios y empleados de las administraciones públicas estatales, y ante los presidentes municipales respecto de quienes prestan servicios en las administraciones de los ayuntamientos del país. Su propósito es el mismo en todos los casos y representa el deber constitucional del absoluto respeto a nuestra ley fundamental y a todas las disposiciones que emanen del Congreso de la Unión o de los congresos locales.

Si se revisan los antecedentes de la disposición se encontrará que desde la Constitución de Apatzingán, a la cual se hacen constantes referencias en esta obra, se disponía que cada uno de los miembros del Supremo Gobierno, en donde se depositaban las funciones del Poder Ejecutivo, debían otorgar el juramento de obediencia y fidelidad a las instituciones públicas nacionales (artículos 235 y 236). El Constituyente de 1824 dispuso asimismo que todo funcionario público, sin excepción de clase alguna, antes de tomar posesión de su destino, debía prestar juramento de guardar la Constitución y el acta constitutiva (artículo 163) y en iguales términos las Leyes Constitucionales de 1836 y las Bases Orgánicas de 1842, de raigambre centralista, mantuvieron vigente este juramento en términos similares (artículos 6º de las primeras y 201 de las segundas), lo cual demuestra que sin distinción de concepciones ideológicas o partidos políticos, se estimó que el deber de la protesta entrañaba el compromiso de respetar y hacer guardar nuestra Constitución, en lo que socialmente representa.

El precepto, en la Constitución de 1857, fue redactado en iguales términos al transcrito, con el único cambio de la palabra *juramento* por la palabra *protesta*, al haber tenido en alta estima aquella voz del Constituyente de Querétaro; a grado tal, que al concluir éste su trabajo, don Valentín Gómez Farías, egregio impulsor de las nuevas ideas políticas y constitucionales, en ceremonia solemne del congreso, se presentó ya muy anciano a jurar devotamente la Constitución, como si fuera el libro sagrado de la patria, y todos los diputados hicieron lo mismo como acto simbólico de la unidad de todos los mexicanos, sin diferencia de creencias, ideas o criterios políticos, ya que en ese histórico congreso habían convergido liberales puros, liberales moderados y conservadores, cuya concien-

cia institucional fue superior y unánime, no obstante los diversos campos del pensamiento y los diferentes propósitos de acción que había animado en los debates, a cada uno de ellos.

Ello es lo que para nosotros representa la jura o protesta de guardar nuestra Constitución política y nuestras leyes: un sentimiento de respeto al simbolismo que de ella emana y la proyección normativa de la vida nacional que su conjunto dispositivo comprende, pues independientemente del contenido semántico de estas voces, su objetivo es afirmar el espíritu nacional y la unidad que debe prevalecer en toda realización de una actividad pública destinada al bien común y no al privado que la ejerce.

El profesor Gabino Fraga nos dice que a virtud de las reformas introducidas el año de 1873, el juramento que se hacía al tomar posesión de un cargo fue sustituido por una simple promesa de decir verdad y de cumplir las obligaciones que se contraían, al quitársele la significación religiosa que se había pretendido darle cuando fue aprobado el artículo 121; pero agrega que cualquiera sea el punto de vista desde el cual se examine la protesta o la promesa de decir verdad, ambos conceptos constituyen requisitos legales que atañen a todos los niveles de la administración pública: federales, estatales o municipales, los cuales prevalecen sobre cualquier concepción política o religiosa que pudiera anteponerseles. Para mejor demostración de su afirmación, advierte que la promesa de decir verdad subsiste en el párrafo cuarto del artículo 130 de la Constitución vigente, al estar asentado que tanto esa promesa como las obligaciones del funcionario o empleado, sujetan a quien las hace a las penas que con tal motivo establece la ley. Revisa por ello tales obligaciones de unos y otros, en función de los efectos directos de la protesta, porque de su contenido desprende su naturaleza jurídica. Veamos en consecuencia el marco de esas obligaciones: *a)* el desempeño personal de la función encomendada, no transferible a un tercero; *b)* la obediencia que el inferior debe prestar a cualquier orden dictada por un superior jerárquico; *c)* la ejecución de las actividades inherentes al cargo, con la intensidad, esmero y cuidado apropiados; *d)* la exigencia de residir en el lugar donde vayan a prestarse los servicios y durante el tiempo fijado a los mismos, y *e)* la guarda y reservas impuestas por la naturaleza de los asuntos y disposiciones legales al funcionario o empleado.

Por su parte el doctor Serra Rojas indica que la protesta legal obliga a todos los trabajadores del Estado a un deber de lealtad a la nación; más que una forma en la toma de posesión de cualquier cargo, es un compromiso público de funcionarios y empleados, a efecto de poder derivar de ella las responsabilidades en que incurrah, pues para él sólo por caso de excepción es posible encomendar algunas tareas a personas distintas de quien debe responder por el ejercicio de una determinada función pública, como pudiera ser el caso de las licencias, las vacaciones, la comisión de delitos oficiales, las comisiones sindicales, etcétera, ya que al presentarse estos acontecimientos propiamente burocráticos, la acción administrativa no se interrumpe por la ausencia del empleado.

El maestro distingue a la vez el acto de protesta en dos tipos característicos: la protesta solemne y la protesta ordinaria, otorgando a la primera el carácter

que tiene cuando toma posesión el presidente de la República o lo hacen los ministros de la Suprema Corte de Justicia de la Nación; y estimando que la segunda, al tener un carácter propiamente formal, puede presentarse bajo diversas formas, cuando la hacen los funcionarios de los elevados cargos al tomar posesión de los puestos ejecutivos, cuando la llevan a cabo los funcionarios de menor jerarquía ante el titular correspondiente de la administración pública, o la que tiene lugar a través de un simple acto de presentación del funcionario ante los subordinados.

Agregaríamos por nuestra parte que aún subsiste la toma de protesta de cualquier empleado a través de la simple fórmula que se inserta en los nombramientos, donde se inscribe al final una breve leyenda que dice: "En la ciudad de México (o el lugar donde vayan a prestarse servicios), a x fecha, se presentó ante el suscrito (director administrativo, jefe de personal o delegado), la persona a quien ese ha expedido el presente nombramiento, y *después de haber protestado conforme a lo dispuesto por el artículo 128 de la Constitución Política de la República, y guardar ésta y las leyes que de ella emanen*, tomó posesión de su empleo desde luego". Y a continuación debe aparecer la firma del empleado.

Sea una u otra la forma utilizada, el requisito formal queda cubierto con base en el criterio de que es la nación la que reclama de manera permanente la adecuación de su administración pública a las necesidades del país y que corresponde al gobierno organizarse y responsabilizarse previamente, si se pretende coordinar el esfuerzo nacional conjunto y se exige de los servidores públicos su más eficaz y honesto rendimiento. Además, se ha dicho que ante el crecimiento del aparato gubernamental, la norma y el procedimiento constitucional deben estar inmersos en toda función pública, a fin de crear conciencia en el servidor público de que el otorgamiento de un cargo, puesto o empleo, no se reduce a su mero desempeño ni al cumplimiento por parte del Estado de la contraprestación económica a la que se compromete, sino a la responsabilidad que contrae de ser útil a la sociedad y a la nación, elementos que están implícitos en el acto de la protesta.

Para concluir, debe añadirse que el acto de protesta de un cargo o empleo no debe verse tampoco, como lo han supuesto varios profesionistas e intelectuales en algunos foros críticos, como un sentimiento romántico del constituyente, que si bien es cierto pudo tener validez y alguna fuerza conceptual en pasadas épocas, en el momento actual carece de toda significación, pues ni los funcionarios le dan la importancia que se merece, ni los empleados crean conciencia de sus deberes constitucionales por el mero hecho de estampar su firma en el nombramiento y aceptar el mítico compromiso de cumplir con deberes y obligaciones que jamás les serán exigidos. Nos oponemos a este pensamiento, porque aún dentro de una concepción materialista como la expresada, creemos que en nuestro medio oficial subyacen aún los valores cívicos y un mínimo sentido de responsabilidad y que todavía prevalece la conciencia del deber en el servidor público, porque de llegar a desaparecer unos u otras, se anularía la base y apoyo de la función administrativa y se convertiría ésta en un acto mecánico, sin orden ni eficacia. Creemos que el compromiso moral que se establece con la protesta,

en algo contribuye a mantener enhiesta la fortaleza de la Constitución, fundamento de la acción pública de todos los países, cualquiera sea la órbita política dentro de la cual se desenvuelven, ya que los ciudadanos responden con voluntad a ella, seguros del respeto que sus normas representan.

BIBLIOGRAFÍA: Carpizo, Jorge, *El presidencialismo mexicano*, México, Siglo XXI, 1978, pp. 77 y ss.; Congreso de la Unión, *Los derechos del pueblo mexicano. México a través de sus constituciones*, 2ª ed., México, Librería de Manuel Porrúa, 1978, t. VIII, pp. 850-852; Fraga, Gabino, *Derecho administrativo*, 4ª ed., México, Porrúa, 1948, pp. 255-263; Serra Rojas, Andrés, *Derecho administrativo*, 4ª ed., México, Manuel Porrúa, 1968, t. I, pp. 420-433.

Santiago BARAJAS MONTES DE OCA